

## Capítulo 1

### EL PROBLEMA

Considero que el cometido de la historia económica es explicar la estructura, el funcionamiento y los resultados de las economías a lo largo del tiempo. Por «funcionamiento y resultados» entiendo las preocupaciones típicas de los economistas; por ejemplo, la cantidad producida, la distribución de los costes y beneficios o la estabilidad de la producción. Al analizar los resultados, el énfasis principal debe ponerse en la producción total, la producción per cápita y la distribución de la renta. Por «estructura» entiendo esas características de una sociedad que consideramos determinantes básicos de los resultados. Aquí incluyo las instituciones económicas y políticas, la tecnología, la población y la ideología de una sociedad. «A lo largo del tiempo» significa que la historia económica tiene que explicar los cambios temporales en la estructura y en los resultados. Finalmente, «explicación» significa la teorización explícita y su refutación potencial.

Este estudio atiende a dos tareas centrales pero descuidadas en la historia económica: teorizar sobre la estructura de las economías y dar cuenta de la estabilidad o el cambio en esas estructuras. Utilizaré un modelo neoclásico simple para centrarme en dos aspectos del resultado, como son la producción total y la producción per cápita. Para explicar la distribución de la renta y la estructura de una economía, sin embargo, tendremos que extender la economía más allá de los límites neoclásicos tradicionales.

Voy a empezar delineando las características esenciales del enfoque neoclásico en el análisis de los resultados de una economía. Este enfoque supone que, al ser la escasez un fenómeno permanente, los individuos toman decisiones que reflejan una serie de deseos, gustos o preferencias. Estas decisiones se toman en el contexto de otras oportunidades a las que se renuncia. De esta manera, el coste de oportunidad de trabajar una hora adicional (y recibir un ingreso adicional) es el ocio sacrificado. Este postulado maximizador de la riqueza o de la utilidad supone que los individuos tienen un conjunto estable de preferencias de ingreso, ocio, etc., y que la decisión tomada en el margen (esto es, cuando un individuo decide trabajar una hora adicional) representa una disyuntiva entre lo que se obtiene (más ingreso) y aquello a lo que se renuncia (ocio)<sup>1</sup>. Este postulado de conducta opera en cualquier clase de sistema económico; capitalista, socialista, etc.

Dado que el postulado maximizador afirma que los individuos prefieren siempre una mayor cantidad de bienes (y servicios) y que se puede producir más bienes incrementando el potencial productivo (a expensas de producir para el consumo corriente), los individuos en una sociedad dedicarán parte de sus esfuerzos a incrementar el stock de capital; ya que la cuantía de ese stock determina el flujo de bienes y servicios que constituye la producción del sistema. La cuantía del stock de capital está determinada por la cantidad de capital humano (trabajo), de capital físico (máquinas, fábricas, mejoras agrícolas, etc.) y los recursos naturales. Estos, a su vez, dependen de la tecnología disponible (esto es, del dominio del hombre sobre la naturaleza), la cual determina las habilidades incorporadas al trabajo (capital humano), la calidad del capital físico y lo que constituye un recurso natural. El cambio tecnológico se considera endógeno y se ve como el resultado de una inversión de los miembros de la sociedad en inventos e innovaciones. Sin embargo, el «potencial de invención» está, a su vez, determinado por el stock de conocimientos (la comprensión del ambiente natural).

De esta manera, el stock de capital, que determina la producción, es una función del stock de capital físico, capital humano, recursos naturales, tecnología y conocimientos. El postulado maximizador obliga a que la inversión se realice en aquella parte del stock de capital que ofrezca un mayor rendimiento; aumentará así la cantidad relativa de ese stock respecto a los demás, asegurando, de

<sup>1</sup> Para una discusión ortodoxa de los supuestos neoclásicos, ver Becker (1976), Introducción. Me ha resultado muy útil la excelente aplicación del enfoque neoclásico al crecimiento económico de Floyd (1979).

ese modo, que se igualen las tasas de rendimiento. Entonces, cuando la tasa de rendimiento obtenible invirtiendo el consumo sacrificado (es decir, el ahorro) en inventar o en descubrir técnicas particulares y recursos naturales exceda a la tasa de rendimiento de una expansión de las clases de máquinas y habilidades existentes, se inventarán nuevas formas de capital humano y físico y se descubrirán nuevas formas de recursos naturales. Si el tamaño de la fuerza de trabajo aumenta en relación con el stock de capital, será rentable ajustar las formas que adoptan el capital físico y humano para acomodarse a los cambios en la relación capital-trabajo. Igualmente, los ajustes pueden hacerse en el stock de recursos naturales.

Bajo estas condiciones, el crecimiento de la producción total y de la producción per cápita quedará determinado por la proporción de ingreso ahorrado (e invertido) y por la tasa de crecimiento de la población. Si la proporción de ingreso ahorrado genera un crecimiento de la producción justamente igual al crecimiento de la población, entonces el crecimiento de la renta per cápita será cero. Por otro lado, una tasa de ahorro mayor que el crecimiento de la población producirá una tasa positiva de crecimiento de la renta per cápita.

Desde el punto de vista de los historiadores económicos, esta formulación neoclásica parece ignorar todas las cuestiones importantes. El mundo al que se refiere es un mundo sin fricciones, en el que no existen las instituciones y donde todo el cambio tiene lugar a través de mercados perfectamente operativos. En resumen: los costes de adquirir información, la incertidumbre y los costes de transacción no existen. Pero, precisamente debido a su no-existencia, la fórmula neoclásica revela los supuestos subyacentes que deben explorarse en el desarrollo de un cuerpo útil de teoría de la estructura y el cambio.

En primer lugar, el modelo supone una estructura de incentivos que permite a los individuos apropiarse de los rendimientos sociales de la inversión, es decir, los rendimientos privados y sociales se igualan. Segundo, supone la no existencia de rendimientos decrecientes en la adquisición y aplicación de nuevos conocimientos, dada la capacidad, a costes constantes, para incrementar el stock de recursos naturales. Tercero, supone que el ahorro tiene un rendimiento positivo. Cuarto, se igualan los costes sociales y privados de tener hijos. Y, finalmente, asume la coincidencia entre las decisiones tomadas y los resultados deseados. Voy a examinar cada uno de estos supuestos.

Para mantener el primero es necesario que los derechos de propiedad estén perfectamente definidos y se hagan respetar sin nin-

gún coste (esto es, que los costes de transacción sean cero). Tales condiciones nunca se han obtenido y tanto hoy como a lo largo de la historia, muchos recursos son más de propiedad común que exclusiva. Como resultado de ello, las condiciones necesarias para conseguir la eficiente solución equi-marginal nunca han existido, ni en la República romana ni en los Estados Unidos o la Rusia del siglo xx. A lo máximo que han llegado las sociedades es a elevar el rendimiento privado tan cerca del rendimiento social como para ofrecer suficientes incentivos al crecimiento económico. Pero el hecho de que el crecimiento haya sido más excepcional que el estancamiento o el declive, nos sugiere que los derechos de propiedad «eficientes» no han sido lo habitual en la historia. En concreto, la apropiación privada de los beneficios sociales, producto de incrementos en los stocks de conocimientos y tecnología, o no ha existido o ha sido muy imperfecta. Como resultado de esto, el progreso tecnológico no sólo ha sido muy bajo en la mayor parte de la historia, sino que el dilema económico más crítico de la humanidad ha consistido en la existencia de rendimientos económicos decrecientes en el stock de recursos naturales.

Este dilema nos lleva al segundo supuesto del modelo. La tecnología y la ciencia sólo se unen en la edad moderna, y de ahí que la superación de los rendimientos decrecientes se haya convertido en una realidad. Aunque las naciones occidentales no hayan experimentado rendimientos decrecientes de los recursos naturales en el siglo pasado, sí los sufrieron en tiempos más lejanos.

La existencia de un rendimiento positivo del ahorro también depende de la estructura de los derechos de propiedad. A lo largo de la historia, el porcentaje de ingreso ahorrado y la tasa de formación de capital (físico y humano) han sido, generalmente, extremadamente bajos y algunas veces cero o negativos. La seguridad de los derechos de propiedad ha sido un determinante crítico de la tasa de ahorro y de la formación de capital.

La coincidencia entre los costes sociales y privados de tener hijos no sólo implica que la fertilidad está sujeta al control humano, sino también que existe una estructura de incentivos y desincentivos suficiente para ajustar instantáneamente las decisiones individuales sobre la fertilidad a los cambios en el coste social de la población adicional. La repetición de las crisis malthusianas a lo largo de la historia ofrece abundantes pruebas de que esta condición no se ha conseguido.

Y, finalmente, llegamos al último supuesto, la correspondencia de las decisiones con los resultados. Una conclusión intuitiva y poderosa de la teoría neoclásica, con implicaciones fundamentales para

la historia económica, es que si bien bajo condiciones de incertidumbre es imposible que exista maximización del beneficio o de la riqueza individual (ya que nadie sabe con certeza el resultado de una decisión), a nivel agregado, sin embargo, se obtiene la máxima riqueza. Y esto ocurre sencillamente porque, al ser la escasez un fenómeno permanente, la competencia lleva a que sobreviva la institución, política o acción individual, más eficiente y a que perezcan las ineficientes<sup>2</sup>. Esta conclusión es básica para comprender la evolución de las formas institucionales de organización económica, pero en un mundo en que gran parte de las decisiones se toman fuera del mercado, las estructuras políticas ineficientes sobreviven durante largos períodos de tiempo. De no ser así, no tendría ninguna importancia que los individuos, grupos y clases tuvieran percepciones diferentes de la realidad, teorías diferentes para explicar el mundo que les rodea y que persiguieran políticas diferentes y contradictorias. «Falsas» teorías de las que se derivan consecuencias ineficientes llevarían a la desaparición de esos grupos respecto a aquéllos que tienen teorías que producen resultados más eficientes. Pero la persistencia de estructuras políticas y económicas ineficientes, a su vez, hace que la existencia de ideologías rivales sea una cuestión fundamental en la comprensión de la historia económica. Las intuiciones sociobiologicistas sobre las características de supervivencia de la sociedad humana son una contribución importante, pero deben acompañarse por el hecho evidente de que, por lo menos durante largos períodos de tiempo, cruciales para el historiador, la cultura humana ha producido diversas soluciones ineficientes y en conflicto.

Esta exposición de los supuestos del modelo neoclásico indica la dirección adoptada en este libro. Para explicar los resultados económicos en la historia se requiere una teoría del cambio demográfico, una teoría del crecimiento del stock de conocimientos y una teoría de las instituciones; todo ello para cubrir las lagunas del citado modelo neoclásico. Para el primer requisito, simplemente he entresacado ideas de la literatura existente sobre el cambio demográfico. Los cambios en el stock de conocimientos se exploran en el contexto de la cambiante estructura de incentivo incorporada a las instituciones. Este estudio se centra principalmente en una teoría de las instituciones. Los cimientos de esta teoría son:

<sup>2</sup> Ver Alchian (1950), que es la expresión clásica de este argumento. Los términos «eficiente» e «ineficiente» se utilizan en este libro para comparar los resultados de dos conjuntos de restricciones; en el primero, el comportamiento maximizador de los participantes produce aumentos del *output*; en el segundo, estos incrementos de la producción no se obtienen.

1. Una teoría de los derechos de propiedad que describa los incentivos individuales y sociales del sistema.

2. Una teoría del Estado, ya que es el Estado el que especifica y hace respetar los derechos de propiedad.

3. Una teoría que explique cómo las diferentes percepciones de la realidad influyen en la reacción de los individuos ante la cambiante situación «objetiva».

En los cuatro capítulos siguientes desarrollaré los elementos de una teoría de la estructura de los sistemas económicos, pero primero debo esbozar el otro problema básico que los historiadores económicos deben resolver: el problema del cambio en la historia (o a la inversa, la estabilidad de un sistema económico).

Voy a volver al modelo neoclásico antes delineado. En este modelo no existen organizaciones o instituciones que no sean de mercado, y las alteraciones ocurren por medio de un cambio en los precios relativos en un mercado impersonal. Tal tipo de modelo ofrece un conjunto convincente de instrumentos, no sólo para explicar la autorregulación, sino también para mostrar cómo se ajustará el mercado ante cualquier cambio paramétrico. Es importante elaborar este punto, ya que contiene una de las implicaciones más poderosas de la economía neoclásica aplicada a la historia.

Con intención de simplificar, voy a describir el cambio que tendría lugar en una unidad político-económica de superficie determinada y sin comercio exterior (o migración de factores productivos) que experimenta un crecimiento de población. El resultado inmediato es que el precio de los alimentos (y de las materias primas) aumenta porque, a corto plazo, la curva de oferta no tiene una elasticidad perfecta. Es decir, un vendedor de comestibles encontrará que al precio antiguo habrá más gente que quiera sus alimentos y como se le agotarán, elevará el precio. El ingreso real de un trabajador disminuirá porque con su salario compra menos alimentos; el ingreso de un agricultor aumentará porque vendiendo la misma cantidad de productos obtiene mayores ingresos. Dado que el beneficio potencial de poseer tierras aumenta, el precio de ésta se elevará. Los inversores aumentarán la relación capital-tierra porque les será más rentable obtener más producción de una cantidad de tierra dada utilizando más capital (mejor drenaje, más regadío, etc.). La cantidad exacta de sustitución depende de las funciones de producción (es decir, del estado de la tecnología). A través de este proceso, incluso en un período de tiempo bastante corto, la curva de oferta de alimentos acabará haciéndose más elástica. El proceso de ajuste es, de todas maneras, incompleto. El coste de los hijos para

un trabajador ha aumentado y para que no descienda su nivel de vida, la familia trabajadora decidirá tener menos hijos. Alterando la función de producción por la invención de nuevas tecnologías de producción de alimentos (desarrollando nuevos fertilizantes o semillas, o cultivando y criando animales más productivos) aumentará el beneficio. A largo plazo, la tasa de crecimiento de la población disminuye y la oferta de alimentos aumenta (es decir, a largo plazo la curva de oferta puede ser perfectamente elástica). El salario real de los trabajadores aumenta y el precio de la tierra retrocede a su equilibrio original.

Debe ser evidente para el lector que este modelo neoclásico supone la coincidencia de costes y beneficios sociales y privados (es decir, que los derechos de propiedad están perfectamente especificados y se hacen respetar sin coste alguno). Constituye una parte integral del mismo el hecho de que el proceso de ajuste tenga lugar por cambios en el margen, como resultado de las «señales» emitidas por el cambio en los precios relativos. Los cambios en los precios relativos dirigen sin fricciones los factores de producción hacia sus usos más rentables, y todos los cambios son respuestas instantáneas de los individuos maximizadores ante las variaciones de costes y beneficios.

Volvamos ahora al mismo escenario, pero esta vez en un contexto mundial real de instituciones y costes de transacción positivos. El desplazamiento inicial de la demanda, junto con la curva de oferta inelástica de los productos agrícolas produce una subida en el precio de mercado, pero el proceso de ajuste depende de los costes de información. Cuanto más reducido sea el mercado y más elemental la tecnología de la difusión de información, mayor será el período necesario para que tenga lugar el proceso de ajuste. Además, el trabajador (particularmente el trabajador urbano), que se ha acostumbrado a un nivel de vida durante un cierto período de tiempo, puede provocar disturbios para protestar por el aumento de los costes de alimentación o pedir al gobierno que ponga un techo a los precios para evitar la subida. El valor potencial de la tierra aumentará, pero si hay acuerdos consuetudinarios sobre la tierra (o existe la prohibición de enajenarla) la naturaleza del ajuste es incierta. Si no existen derechos exclusivos de propiedad sobre la tierra, un agricultor no puede apropiarse del aumento de los beneficios generado por una utilización de la tierra más intensiva en capital. Los agricultores pueden pedir al Estado que modifique los derechos de propiedad para que puedan obtener los beneficios exclusivos de la misma, pero si los individuos que tenían previamente el uso de la tierra son ahora excluidos, se opondrán a tales

cambios en los mencionados derechos. Aunque el coste social de tener hijos aumente, el coste privado percibido no lo hace tanto (ya que además del coste familiar existe el coste social de un miembro más en la fuerza de trabajo, rebajando de este modo el salario, y el coste de un individuo más contribuyendo a una mayor aglomeración demográfica y a la difusión potencial de enfermedades). La consecuencia puede ser retrasar la respuesta, en comparación al óptimo social. El beneficio de invertir en nuevos conocimientos y desarrollar nuevas técnicas exige un cierto grado de derechos de propiedad sobre las ideas y la innovación. En su ausencia, es posible que no se pueda disponer de la nueva tecnología.

Este ejemplo no agota en modo alguno las posibles consecuencias de un aumento de la población, pero se centra en las dos cuestiones fundamentales de este libro.

1. Es esencial especificar la estructura de un sistema económico para explorar de un modo significativo la dinámica de su funcionamiento y sus resultados.

2. Aunque algunos de los cambios ocurran marginalmente, como implica el modelo neoclásico (es decir, cambios en los costes y beneficios individuales que producen un cambio automático en la conducta), otros no ocurren así. En concreto, por ejemplo: no sería rentable para un trabajador urbano el provocar disturbios e incurrir por ello en una situación peligrosa. El individuo neoclásico estaría detrás y dejaría a otro que lo hiciera. Ni le valdría la pena al agricultor incurrir en los costes de hacer un llamamiento al gobierno para modificar los derechos de propiedad, tampoco a los perdedores organizarse para combatir tal cambio. En estos casos el dilema del «gorrón» sugeriría un resultado diferente.

Pero entremos directamente en la cuestión del «gorrón». Mancur Olson (1965) extendió el paradigma neoclásico para ocuparse de las formas de conducta de grupo que existirían en un mundo neoclásico. Encontró que los pequeños grupos existirían allí donde los beneficios individuales de sus acciones excediesen los costes o donde su conducta pudiera ser coaccionada, y que los grandes grupos (por ejemplo, la Asociación Médica Americana y los sindicatos) existirían donde sus miembros pudieran recibir beneficios individuales exclusivos y no asequibles para los de fuera. También demostró que cuando históricamente se organizaron grandes grupos para provocar cambios pero éstos no pudieron ofrecer algunos beneficios exclusivos para sus miembros, dichos grupos tendían a ser inestables y a desaparecer. En síntesis, los individuos racionales

no incurrirán en los costes de participar en una acción de un grupo cuando todavía se puedan recibir beneficios individuales siendo un «gorrón».

El trabajo de Olson plantea una cuestión fundamental para los historiadores económicos. La observación del comportamiento diario confirma la existencia omnipresente de una conducta «gorrón». Pero esta misma observación también confirma el inmenso número de casos en que se produce una acción de un grupo grande, acción que constituye un factor esencial de cambio y que, sin embargo, es inexplicable en términos neoclásicos. El historiador económico que ha construido su modelo en términos neoclásicos lo ha cimentado sobre una contradicción fundamental, ya que este modelo no puede explicar, de ningún modo, mucho de los cambios que observamos en la historia.

Los marxistas evitan todo el problema argumentando que son las clases las iniciadoras del cambio estructural. Este argumento no es en absoluto una explicación, ya que ignora sencillamente el problema del «gorrón». Estos autores hacen el gran acto de fe de afirmar que la gente deja a un lado sus propios intereses para actuar en beneficio de una clase, incluso con un considerable sacrificio personal. La mejor prueba de que ésta no es una conducta corriente la ofrecen los propios activistas marxistas, que dedican enormes energías para intentar convencer al proletariado de que se comporte como clase.

El dilema de explicar el cambio puede exponerse sucintamente. La teoría económica neoclásica puede explicar cómo actúa la gente en su propio interés; puede explicar por qué la gente no se toma la molestia de votar: por qué, como resultado del problema del «gorrón», la gente no participa en acciones de grupo donde las ganancias individuales son insignificantes. Sin embargo, no puede explicar con efectividad la cara inversa de la moneda, esto es, la conducta que no tiene como factor motivante el cálculo del interés personal. ¿Cómo podemos explicar la conducta altruista (por ejemplo, la donación anónima de sangre), la buena voluntad de la gente que se compromete a sacrificios inmensos sin evidente ganancia posible (el interminable desfile de individuos y grupos en la historia que han terminado en prisión o muriendo por causas abstractas)? ¿Cómo podemos explicar el gran número de gente que vota o la enorme cantidad de esfuerzo que los individuos dedican a participar en organizaciones voluntarias donde los rendimientos individuales son pequeños o inapreciables?

La teoría neoclásica es igualmente ineficaz al explicar la estabilidad. ¿Por qué la gente cumple las reglas sociales cuando puede

beneficiarse evadiéndolas? Ciertamente, un cálculo de los costes y beneficios individuales sugeriría que defraudar, estafar, robar, asaltar y asesinar estarían presentes en cualquier tiempo y lugar. De hecho observamos toda esa clase de conductas, pero conjuntamente también observamos individuos que obedecen las leyes cuando podrían violarlas con impunidad y considerable beneficio. En suma, el mundo neoclásico sería una jungla donde cualquier sociedad sería inviable.

La prima que un individuo establece sobre su coste de oportunidad antes de comprometerse en una acción ilegal es una medida del valor que deposita en la legitimidad (una consideración ideológica). Asimismo, el coste neto en que un individuo incurre al forzar el cambio social es una medida de la injusticia y alienación que él mismo siente. Se necesita algo más que un cálculo sobre el coste/beneficio individual privado para explicar el cambio y la estabilidad. Los individuos pueden ignorar ese cálculo en un intento de cambiar la estructura, debido a su profunda convicción ideológica de que el sistema es injusto. Los individuos pueden también obedecer las costumbres, las reglas y las leyes debido a su convicción de que son legítimas. El cambio y la estabilidad en la historia exigen una teoría de la ideología para explicar las desviaciones producidas respecto al cálculo racional e individual de la teoría neoclásica.